

nos dárselas a nuestra vez. Pero haciéndolas naturalmente extensivas a los pueblos y a las autoridades de los diferentes países —americanos, esencialmente— donde nuestros exiliados fueron recibidos con los brazos abiertos y tuvieron toda clase de facilidades para vivir y trabajar. Fue una conducta generosa y ejemplar a la que, por desgracia, la España democrática está correspondiendo muy mal en estos momentos, haciendo en extremo dificultosa la estancia de los intelectuales argentinos, chilenos, uruguayos y holivianos refugiados en nuestro país. Es una vergüenza que debe terminar cuanto antes porque a todos por igual nos abochorna. ■ E. DE GUZMAN.

“Campo francés”

Si pocos escritores de aquellos años pudieron hacer abstracción de la tragedia colectiva en la que se vio metido todo un pueblo, no reflejándola en su obra, en la de Max Aub, ese gran escritor nacido en París, de padre alemán y madre francesa, que a los veintidós años eligió ser español, la guerra civil es una constante.

Difícil resulta, por ello, delimitar El laberinto mágico —Ignacio Soldevilla Durante, uno de los críticos que más atención ha prestado a la obra de Max Aub prefiere llamarlo El laberinto español—, ese conjunto de novelas,

cuentos y piezas dramáticas que tienen como tema principal la guerra.

Básicamente, sin embargo, El laberinto está compuesto por esos seis capítulos de la serie de los Campos (Campo cerrado, Campo de sangre, Campo abierto...), a través de los que Max Aub fue relatando, como en unos modernos “episodios nacionales”, los diversos avatares de la guerra civil española.

Pero Max Aub, llevado a los once años por sus padres a Valencia, huyendo de la primera guerra mundial, por estos orígenes sabía que la guerra civil no era un hecho aislado. Se estaba ventilando algo más. Toda Europa estaba siendo sacudida por la presión del fascismo, ante el que débil defensa podían hacer unos países dejados llevar por la indiferencia.

En esa Europa que descubre, tarde, las orejas del lobo y reacciona, asustada, ensañándose con los antifascistas, españoles y demás extranjeros, que, huyendo del nazismo, buscaban asilo en Francia.

Cuando en los primeros meses de 1939, cientos de republicanos con sus familias y pertenencias a cuestas, cruzan la frontera francesa por Cataluña, pronto se van a dar cuenta de que no están tan a salvo como pretendían.

Max Aub es uno de esos de los que, sin contemplaciones, son llevados a los campos de concentración, que a marchas forzadas



Max Aub.

se han montado en las playas.

En 1942, Max Aub logra embarcarse para Méjico y en esa travesía de veintidós días, antes de que desaparezcan de su memoria tantos hechos vividos, escribe con ellos Campo francés (que acaba de incluirlo Alfaguara en su catálogo), que no se publicará por vez primera hasta 1965, en que lo hace Ruedo Ibérico.

Es este “campo” un híbrido entre novela y cine —así lo calificó el propio autor—, un libro de memorias en el que, nos dice también Max Aub, solamente los tres personajes principales son ficticios, el resto, el coro de extranjeros maltratados por los franceses, es real.

Para Max Aub la situación está clara. No hay lugar para los indecisos, para los neutrales, para los “apolíticos”. Es hora de

tomar conciencia (y se la hará tomar a uno de los protagonistas, Julio, el pequeño burgués egoísta que al final sabrá por qué muere).

Europeo por todos los costados, corriendo por sus venas, mezcladas, sangre francesa y alemana, Max Aub se duele de la tranquilidad de esa vieja y conformista Europa que va a “morir por cerrar los ojos”. Que es precisamente el título de uno de sus dramas más importantes y que Max Aub escribió en 1944, basándose sustancialmente en este Campo francés.

No es el momento para analizar con atención una y otra obra. Ambas presentan diferencias. El guión cinematográfico es mucho más directo en su planteamiento, el protagonista es un todo colectivo. En Morir por cerrar los ojos (hay edición española, en Aymál, el coro de extranjeros detenidos —judíos, republicanos españoles, comunistas, ladrones, vagabundos, intelectuales, etc.— adquiere menor importancia, en beneficio del trío protagonista: María y los dos hermanos, Juan y Julio.

La toma de conciencia queda simbolizada no en Julio, que morirá siendo un soplón, sino en María, su mujer, enamorada de Juan, el “político”, el “rojo”.

María, francesa, representa a esa Europa que todavía está a tiempo de salvarse: “He vivido ciega, muerta, por cerrar los ojos”, dice María al final. Poco antes había exclamado: “El dolor devuelve la vista a los ciegos”.

Con Campo francés, Max Aub rompe momentáneamente el ciclo narrativo de la guerra, utilizando la técnica cinematográfica —fue profesor en Méjico de esta materia— para relatar unos hechos que hablan de lo que soportar tantos refugiados españoles.

“Julio: ¿Qué desea? / Hombre: Policía...”, escribe Max Aub en Campo francés; por los mismos años escribía Rafael Alberti en Vida bilingüe de un refugiado español en Francia: “Cerrar los ojos y.../—¿Qui est-ce?—C’est la police”. No eran, no, fáciles aquellos tiempos para los refugiados en Francia. “En la Francia de Daladier, de Leon Blum y de Bonnet, /a que aplaude a Franco en el cine, /a Francia des Actualités”, como la definía en ese mismo poema Alberti. ■ JAVIER GOÑI.



Premio a José Caballero

El pintor español José Caballero ha sido galardonado con un Gran Premio en la Trienal de Pintura realista que se celebra en la ciudad de Sofía (Bulgaria). Los otros tres premios han recaído, respectivamente, en un artista búlgaro, otro japonés y un checoslovaco. Esta es la tercera edición del mencionado festival, que tradicionalmente se inaugura en el aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi. El lema de la edición de este año hace referencia a la lucha en favor del humanismo, la paz y el progreso social, y en contra de la guerra y la opresión. El premio le ha sido otorgado al pintor español por sus obras “El sol negro de los campesinos andaluces” y “La sangre de un poeta”. ■